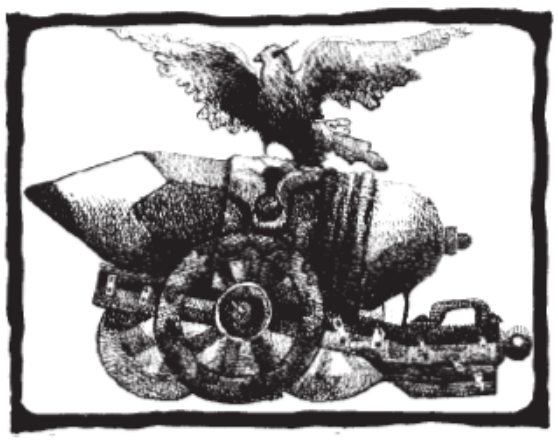
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

NÚMERO

29

Setiembre
1995

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

La dimensión cultural debe constituir un elemento de cualquier proyecto universitario. Entrevista a Sonia Marta Mora. Rafael Cuevas Molina



Nuestra entrevistada fue electa recientemente como vicerrectora académica de la Universidad Nacional. El Suplemento Cultural se interesó por conocer cuáles eran sus ideas, como autoridad universitaria, respecto al trabajo cultural y artístico de nuestra institución. La siguiente fue nuestra conversación.

Me gustaría, a manera de introducción a nuestra conversación, conocer la concepción de cultura que prevalece en las autoridades universitarias.

Pienso que la visión general de la que tendríamos que tener para hablar de cultura, desde el punto de vista de la conducción de la Universidad, es la noción de desarrollo humano integral; dentro de esta formulación, que es como una gran meta de todo el quehacer humano pero, especialmente, del quehacer universitario, necesariamente uno se empieza a preguntar sobre el papel de la cultura en la búsqueda de ese objetivo de desarrollo humano; y hoy, más que nunca, está claro que la cultura es un componente de un proceso de desarrollo.

Es interesante ver que, tradicionalmente, la cultura se veía como una zona "elevada", como una parte de la realidad que, de alguna manera, repercutía o se traducía o se manifestaba en expresiones artísticas o de otra naturaleza. Por ello, durante mucho tiempo se estudiaron así los productos culturales; de hecho, buena parte de las investigaciones, de actividades y proyectos de la Universidad tendían a eso: a analizar las expresiones de alguna forma de pensamiento, de la frustración de un grupo humano y sus aspiraciones, o a mostrar expresiones de la cultura entendida así, como una zona muy particular, como una zona restringida y, sobre todo, como una zona separada de la realidad.

Yo pienso que ahora se ha dado un salto cualitativo en la concepción de cultura, en cuanto a que se le ve -pienso yo gracias a los estudios críticos de la cultura, al estudio de las mentalidades y a un cierto descentramiento de lo que es el racionalismo y el poder de la ciencia- desde otra perspectiva. Esta nueva perspectiva es la que ha permitido que la noción de cultura se acerque a la noción de desarrollo y se

transforme en una gran meta, en un gran objetivo de las diferentes instituciones. Y en esa relación de cultura y desarrollo es que nosotros podemos enmarcar una nueva forma de concebir y trabajar la cultura dentro de la Universidad.

¿Cuál es esa forma nueva de concebir la cultura? Efectivamente, ya no es una forma separada de la realidad, es una dimensión de todo proceso humano; pero la cultura, además, no sólo se liga al pasado en el sentido de tradición o como algo vacío, como un escenario donde los procesos de desarrollo tienen lugar -como ciertas posiciones desarrollistas lo vieron-. Esta nueva visión de la que hablamos redinamiza la noción de patrimonio; este ya no es algo que un grupo humano solamente tiene, sino que es activo para ese grupo humano: le da una identidad, le da un sello distintivo, le da una particularidad, le da un lugar, un espacio, una manera de ser, y precisamente esta noción muy dinámica de la cultura como patrimonio, es la que permite llegar a la idea de cultura también como matriz de interpretación, como matriz de descodificación de cualquier proceso humano.

Yo pienso que seguramente esta última es la dimensión que más nos interesa ahora, porque como matriz la cultura es un espacio donde se interpreta, donde se modifica, donde se transforma cualquier acción de dimensión económica, social, política, jurídica o científica. De manera que cualquier proceso de desarrollo se hace factible, se hace viable, se hace propio, se hace sostenible dentro de un determinado marco cultural, porque precisamente esta noción de matriz nos deja claro que cualquier iniciativa que se desarrolle será interpretada y modificada en un espacio cultural determinado que le da sus propias características, que le da su sello distintivo pero que, además, lo hace posible.

Si se ha alcanzado un cierto nivel de comprensión del fenómeno cultural como una parte del todo social ¿qué relación podemos establecer entre ese nivel de comprensión y las posibilidades de instrumentalización de esa idea en el marco de políticas en la Universidad?

Es interesante porque las políticas culturales pasan a ser un segmento del desarrollo académico, ya que estamos pensando en el caso de la Universidad; esa sería una parte de las consecuencias de esta nueva concepción de cultura. Por supuesto que la cultura tiene su especificidad pero ¿cómo materializaríamos esta nueva concepción de cultura en el ámbito universitario? Una de las formas en que esta se materializa es considerándola un elemento de cualquier proyecto integrado dentro de la Universidad, y no como una zona separada de la cual se encarga o una facultad o una dirección académica, que es lo que tradicionalmente se tendía a realizar en congruencia con esa fragmentación de la cultura frente al resto de la sociedad. Entonces esa zona se encargaba o de las expresiones culturales, o del énfasis en ciertos valores, cosa que, dicho sea de paso, era importantísimo, es decir, la cultura asociada con ciertos valores, con una dimensión ética del desarrollo. Pero ahora lo estaríamos viendo como componente de cualquier proceso académico que desarrollemos.

Entonces, nosotros preferimos hablar, a nivel universitario, de ejes de prioridad y no de áreas de prioridad, porque esta última noción llevaba, una vez más, a una cierta jerarquización de los saberes, donde unos podrían tener más importancia que otros. Nosotros ahora hablamos de ejes de prioridad pensando que cualquier proyecto académico integrador va a interrelacionar saberes que vienen de las ciencias, del campo de la educación, de la esfera cultural (es decir las artes, las letras, etc.), y pensamos que esos proyectos que logran integrar esas dimensiones -por supuesto que con la riqueza y potencialidad disciplinaria de cada una, con la personalidad de cada una- deben tener prioridad, porque potencian de mejor manera la generación de conocimiento nuevo, y por lo tanto producen un mayor impacto social, científico, académico, una mayor repercusión.

Entonces, esa es una de las primeras consecuencias, que nosotros no lo separamos, que lo vemos como parte de un todo pero, además lo vemos como un segmento fundamental. Así, si es relevante en la Universidad el desarrollo de la ciencia y la tecnología -en donde la UNA tiene grandes fortalezas-, si es una fortaleza institucional lo que tiene que ver con la salud o con la educación, por ejemplo, también es una fortaleza lo que tiene que ver con la cultura; es decir, aquellas escuelas o disciplinas que tradicionalmente se han encargado de los objetos culturales, adquieren una nueva relevancia, estableciendo formas de diálogo de un nuevo tipo con las otras disciplinas dentro de proyectos integrados.

Me interesa esto último que se dice: "formas de diálogo de un nuevo tipo". Acá se está planteando una forma relativamente innovadora de ver la dimensión cultural, que tiene que ver con una forma integral de ver la cultura. Ahora, nosotros podríamos preguntamos: ¿tenemos dentro de la Universidad Nacional académicos que estén en la posibilidad de abordar la cultura desde esa perspectiva, es decir, que asuman la dimensión cultural dentro de proyectos de carácter integrado? ¿Habrá necesidad de reciclajes, de reformulación de conocimientos o simplemente de reubicación de personas?

Yo creo que hay una potencialidad en la Universidad, porque los efectos de los estudios culturales ya se han dejado sentir en diferentes proyectos, en diferentes académicos. Es decir, yo creo que hay líderes dentro de la Universidad, líderes académicos que llevan esta nueva visión de la cultura, y creo que algunos vienen de las áreas culturales y otros vienen de las áreas de las ciencias o de la educación. Y creo que el responsable de esto ha sido el modelo universitario, porque muchos de nuestros académicos, en sus proyectos de extensión por ejemplo, dentro de una concepción académica diferente como tiene la UNA, han enfrentado problemas en la práctica que han visto que se salen de su propio ámbito de conocimiento, y lo han asociado con el ámbito cultural; por lo tanto, en algunos casos hay ya experiencias de trabajo que incorporan el mundo de la cultura y, en otros casos, no hay la experiencia pero hay la necesidad, la valoración de la necesidad. Desde mi punto de vista, ya eso es un avance enorme. Sí creo que tendríamos que construir esas formas de diálogo. Creo que eso no está dado, que hay grandes avances a nivel internacional, creo que en esto la reflexión acerca de la interrelación de los saberes, del diálogo entre disciplinas está muy avanzado en otras latitudes, pero que nosotros tendríamos que darle un contenido propio, no sólo en Costa Rica, en América Central, sino dentro de la Universidad.

Entonces yo pienso que habría que aprovechar, por ejemplo, la propuesta de las matrices, de estas nuevas formas flexibles de conocimiento, para ir generando equipos de trabajo; ya no basta la capacidad individual, sino que hay que construir estas formas de trabajo en equipos.

Esta es una aspiración de los próximos

años. No se trataría sólo de favorecer proyectos integradores -las unidades matrices son un ejemplo-, sino de darle un nuevo aire a los proyectos y programas ya concebidos, que tradicionalmente han tendido a ser monodisciplinarios. Habría que ir pensando cómo esta concepción de la cultura la incorporamos a los planes de estudio, la incorporamos en los proyectos y programas, no necesariamente integrados pero en los cuales la dimensión cultural -y quiero decir con esto, por supuesto, la dimensión ética- entendida como reflexión sobre la identidad, la sostenibilidad en términos culturales de cualquier proceso de conocimiento, sea incorporado a los proyectos y programas ya existentes. La esperanza que tenemos es que nuevas formas de trabajo académico van a ir contaminando las formas más tradicionales de trabajo dentro de la Universidad.

Yo siento que la concepción que yo tengo en este momento ha sido posible, entre otras cosas, por el hecho de trabajar en la Universidad Nacional, porque sus propias estructuras de trabajo han ido gestando esta nueva concepción. La Universidad Nacional ha sido sensible a esta concepción.

Una de las cuestiones generales que me gustaría reafirmar es que una de las mayores preocupaciones que hay entre los científicos en estos momentos, es cómo los procesos de desarrollo se relacionan con una cierta ética, y en ese sentido, la reflexión que los estudios culturales han hecho al respecto es fundamental acerca de valores como participación, diversidad, diálogo entre seres diversos, solidaridad, bienestar, solidaridad. etc. Los estudios de la cultura que deben dar un componente de reflexión ética y moral importantísima en cualquier proyecto académico, y por eso, desde mi punto de vista es un área relevante dentro del trabajo académico dentro de la Universidad.

Yo comparto este punto de vista que considera que la cultura es un área relevante, fundamental. Creo, sin embargo, que todavía no ha alcanzado el nivel de legitimidad que tienen otros ejes fundamentales dentro del quehacer universitario, como puede ser el ecológico y el de género. Seguramente en alguna medida esto se debe a la concepción que se tiene entre nuestros académicos de lo que es la cultura y el trabajo cultural; sigue habiendo un fortalecimiento y, eventualmente, reformulación de saberes propios en direcciones que no son estas que se están tratando en esta conversación.

Es interesante porque cuando, por ejemplo, se ven estudios sobre indicadores de desarrollo, se ve un gran énfasis en lo económico, en lo social y, en el último tiempo, una apertura al ámbito de lo psicológico y a las relaciones humanas, pero todavía no ha hecho ingreso la dimensión cultural. Es cierto, entonces, que es una preocupación que tienen grupos muy ligados a la cultura, y no otros científicos, y que es una dimensión que falta cuando se habla de bienestar, de prosperidad, de desarrollo humano, y sobre todo falta categorizarlo para que sea posible estudiarlo en una sociedad determinada. Eso me parece que tiene su repercusión en el quehacer de las universidades, y que estas deberían tener una posición de liderazgo para generar conocimiento alrededor de eso.

Entendamos ahora a la cultura en un sentido más restringido: como arte y literatura, ¿se liga también esta concepción restringida de la cultura a la noción de desarrollo?, ¿tiene otras perspectivas?, ¿Juega otro papel?

¡Cómo no!, el hecho de identificar a la cultura con la expresión artística es una forma en que se ha expresado el pensamiento tradicional. Una nueva concepción lleva a replantearse el estudio de los objetos artísticos y el trabajo del artista dentro de la Universidad.

¿Eso habría que replanteárselo o se está replanteando?

Yo pienso que no se está replanteando suficientemente, que pueden haber áreas o proyectos donde eso se replantea inicialmente, pero creo que los efectos de una nueva noción de cultura en lo que son los estudios artísticos, los estudios estéticos no se ven suficientemente, porque de alguna manera la sociedad le ha dado un espacio y un marco al arte -que también es un espacio restringido pues más bien lo relega a un espacio determinado-, y yo creo que ciertas formas de trabajo sobre el arte corren el riesgo de reproducir ese espacio marginal que podrían tener este tipo de expresiones. Creo que hay que trabajar mucho en ese sentido.

¿Se tiene alguna idea sobre líneas de trabajo en esa dirección?

Sí, yo pienso que una de las líneas de trabajo es el preguntarse, de manera más profunda, acerca del significado del arte, de las expresiones artísticas en una sociedad determinada, en un momento histórico determinado; digamos, historizar el conocimiento. Y que necesariamente esta pregunta va a llevar a ligar estas áreas con otras, y entonces podría manifestarse como un cambio en la óptica con que se enfrenten cienos proyectos en el campo del arte y de las letras, en la visión que se tiene, y también en la propia organización de esos proyectos y programas, por ejemplo tendiendo a la interrelación con otras áreas. Estoy pensando en algunas experiencias que conozco en la Universidad, en las cuales en un trabajo en la comunidad se ha inscrito un académico de la Escuela de Danza, por ejemplo, junto a gente de planificación social, junto a gente del área de economía, junto a algunas personas especializadas en educación ambiental lo cual, definitivamente, implica un cambio de noción, y generará un cambio en el conocimiento que allí se produce.

Lo podría resumir de la siguiente manera: creo que un planteamiento de este tipo no resulta ajeno, no sería rechazado; creo que hay condiciones para que este planteamiento sea aceptado, y desde mi punto de vista esto está en la base de que se propongan formas académicas integradas y más flexibles; sin embargo, tal vez no se es todavía suficientemente consciente en la Universidad de este cambio de visión que estamos provocando, y cómo tendría que traducirse más claramente en nuevos proyectos y en nuevos programas y nuevas formas de hacer academia. Yo diría que eso es lo que hay que trabajar más. De alguna manera siento que la potencialidad existe, y que la concepción que yo tengo ha nacido, que tiene sus condiciones de posibilidad en el mismo trabajo universitario. La experiencia de la UNA en el trabajo en equipos, que ha permitido cruzar a gente de muchas especialidades, es la que nos permite tener una visión como esta. Lo que yo veo, como Vicerrectora Académica, es que se está gestando en la Universidad una mayor apertura, ya no solamente al trabajo en grupo, sino a la generación de conocimiento nuevo en el intercambio de las disciplinas lo que, a mi manera de ver, es fundamental.

En la Universidad, en el ámbito especifico de las artes se sigue haciendo, sobre todo

en la extensión, proyectos que, dentro de este esquema que se está planteando, podríamos denominar como tradicionales. Ese trabajo ¿qué opinión te merece?

A mí me parece ese un trabajo importante dentro de la Universidad. Yo creo que tiene una función muy relevante, por una parte de reafirmación del derecho del artista a generar productos desde sus inquietudes como sujeto individual y sujeto colectivo, que en esta nueva visión uno y otro se reivindican. Creo que también, de alguna manera ponen en juego alguna problematización acerca de diferentes conceptos como los de nacionalidad, de arte y otros particulares, según el tema de lo que se trate, acerca de la propia concepción de belleza o de desarrollo por ejemplo.

Esta es una zona de trabajo, una forma de expresión necesaria; por eso yo decía que, si bien yo creo en el trabajo de integración, también creo que las partes y la cultura tienen sus especificidades. Creo que esta especificidad no se puede perder, y que se manifiesta allí. Y además en relación con la institución, ya pensando como Vicerrectora, reafirma una noción de identidad institucional que a mí me parece importantísima. Creo que el hecho de sabernos parte de una comunidad determinada, que es la Universidad Nacional, es muy importante para aclararnos nuestros propios proyectos, nuestras propias prioridades, nuestras propias angustias, nuestras metas, nuestras esperanzas en el período que tenemos al frente, al final del siglo, de compartir inquietudes.

Creo que esas expresiones, una exposición de pintura, una obra de teatro, etc., permiten actualizar una serie de valores, ya no sólo de una comunidad mayor sino de una comunidad universitaria, que allí se encuentra y dialoga, y que se siente representada por un grupo humano que viene de su propio seno. Por lo tanto, creo que es una forma muy importante en que se expresa la Universidad; igual que hay una legitimidad en una experiencia de laboratorio en donde se reafirman espacios universitarios, yo pienso que estas expresiones artísticas no sólo reafirman nuestro espacio universitario, sino una reflexión sobre lo que hacemos.

Sin embargo creo que junto a estas expresiones tienen que darse los otros esfuerzos de los que hablaba, de investigación, de extensión e, inclusive, de experiencia pedagógica cada vez más innovadora y, a mi modo de ver, acercar disciplinas entre sí, y producir conocimiento nuevo, que puede redimensionar la producción, la extensión y, por supuesto, la docencia y, lógicamente, transformar los espectáculos de danza, de teatro, etc., que estamos generando.

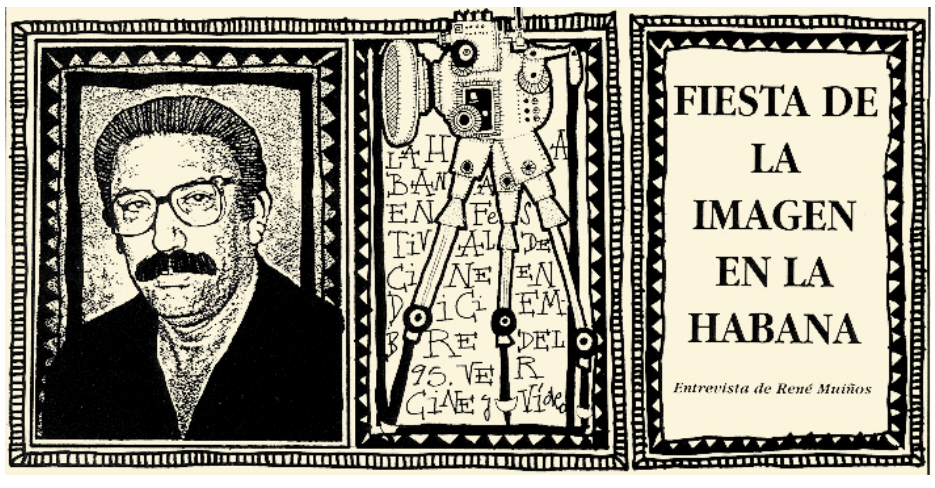
Hay otra razón, que para mí no es menor, y es que la sociedad está acostumbrada a esperar ese tipo de productos de una comunidad universitaria; es nuestra responsabilidad darle a esos productos cada vez un contenido nuevo, hacerlos innovadores.

Me parece, por lo tanto, una forma muy importante en que la Universidad se legitima, se expresa ante la sociedad.

Yo diría que una de las ideas más importantes que podemos rescatar de nuestra conversación es que este último periodo de la Universidad antes de llegar al año 2000 se caracteriza, entre otras cosas, por la preocupación general en la cual se involucra a la cultura como una dimensión especifica del desarrollo ¿podríamos entender así tu posición?

Exactamente; yo pienso que sí, creo que es muy exacta esa formulación. Pienso que a nivel del conocimiento cada vez es más claro que la cultura es una dimensión fundamental de los procesos de desarrollo, y que la misma noción de desarrollo hay que verla en otra forma, como lo ha hecho ver la concepción ecológica, por ejemplo. La noción de desarrollo ahora se redimensiona desde la cultura y esto se traduce en lo que son las tareas universitarias del fin del siglo.

Fiesta de la imagen en la Habana. Entrevista A Roberto Román. René Muiños



Roberto Román, cineasta cubano, comenta acerca del próximo Festival del Nuevo Cine Latinoamericano que se celebrara en la Habana del 5 al 15 de diciembre.

Don Roberto... ¿qué es exactamente el Nuevo Cine Latinoamericano?

Así se ha denominado a la nueva corriente de creación cinematográfica que surge en América Latina, fundamentalmente en Brasil, Argentina y Cuba en la década del 60. Tenemos nombres -el cine es un arte de nombres- fuertemente asociados al nacimiento de esta nueva tendencia: los brasileños Glauber Rocha -una suerte de símbolo del movimiento, por muchas razones- y Ruy Guerra, los argentinos Fernando Birri, Octavio Getino y Fernando Solanas, el boliviano Jorge Sanjinés, y, también, los cubanos Tomás Gutiérrez Alea, Julio García Espinosa, Humberto Solás, Manuel Octavio Gómez y, por supuesto, el extraordinario documentalista Santiago Álvarez. Se llamó "Nuevo Cine Latinoamericano" porque realmente significó una ruptura con el tipo de cine que se venía haciendo al sur del Río Bravo, un cine de corte comercial, bastante transnacionalizado, simbolizado por la cinematografía argentina y mexicana. Estamos pensando en las películas de tangos, en las comedias ligeras, en los melodramas, en las “rancheras”, en los filmes de Cantinflas que -salvo excepciones, como la etapa mexicana de Buñuel o Leopoldo Torres Nielsen en Argentina- constituyeron una alternativa comercial al predominio del cine de Hollywood y, sobre todo, una opción para el público de habla española de mensajes más cercanos a nuestro contexto inmediato y a nuestra cultura, si no en su esencia sí, por lo menos, en su sistema de referencias. Lo que es importante señalar es que al calor del nuevo movimiento no sólo se plantearon nuevas perspectivas en estas cinematografías latinoamericanas tradicionales, sino nacieron, por primera vez, nuevas cinematografías que vinieron

al mundo con un sello renovador y contestatario en todos los sentidos, como el cine cubano, el colombiano, el chileno, el peruano y el venezolano.

Pensando en definir a este “Nuevo Cine” no resulta fácil hacerlo desde el punto de vista formal. No creo que haya sido o sea un movimiento identificado con un lenguaje cinematográfico muy específico, con una “escuela" de hacer cine, como lo fueron, en su momento, la Nueva Ola francesa o el Neorrealismo italiano. El Nuevo Cine Latinoamericano tenemos que vincularlo más bien a la búsqueda formal diversa -que no excluyó tampoco reasumir viejas formas y estilos con nuevos contenidos- pero sobre todo a la búsqueda de una identidad nacional a través del cine. Identidad que el cine foráneo y el falso cine nacional, donde lo había, estaban distorsionando durante decenios. La otra clave del Nuevo Cine Latinoamericano fue el compromiso social a través de un cine entendido fundamentalmente como un instrumento de lucha y de cambio social, bien a través de la denuncia de la realidad política y económica que le fue contemporánea, como en el hurgar en el propio pasado para desmitificar la historia oficial. Para esto sirvió tanto la ficción como el documental, género que se dignificó con ese quehacer cinematográfico, asi como formas híbridas de estos dos géneros -piénsese en Sanjinés (Yawar Malkú, Umaku), Miguel Litin (El Chacal de Nahualtoro) o Manuel Octavio Gómez (La Primera Carga al Machete). Igual sirvió a esos propósitos críticos tanto el realismo ortodoxo (Los Inundados de Fernando Birri, por ejemplo, o Los Fusiles de Ruy Guerra) como el hiperrealismo o superrealismo. En este último caso abundaron una gran cantidad de “experimentos”, por llamar de algún modo a estas búsquedas formales. Podemos citar a vuelo de pájaro y sin intención de sistematizar, filmes como Hombre Mirando al Sur, Antonio Das Mortes, El León de las Siete Cabezas -este último, el fin postumo de Rocha-, Barroco, Los Días del Agua o Un Hombre Viejo con Alas muy Largas. Por supuesto que aquí se puede ver una gran influencia de la literatura, de la que los cineastas al fin y al cabo somos deudores, tanto del surrealismo de Borges, como de lo real maravilloso de Carpentier o el realismo mágico de García Márquez, fundador junto con Birri de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y del propio Festival de La Habana.

¿Y qué papel ha jugado el Festival de Nuevo Cine para el fomento del cine latinoamericano en general?

Mira, el Festival de La Habana surge en 1979. Yo diría que de los grandes festivales de cine del continente -el Festival de Río de Janeiro, el Festival de Cartagena, etc.- es el más antiguo y prestigioso, también el más polémico y audaz. El Festival aparece en un momento que pudiéramos llamar de madurez o de proyección internacional del cine latinoamericano más allá de sus fronteras. Los directores pioneros del movimiento: Roca, Guerra, Solás, Litín, Santiago Alvarez, Manuel Octavio Gómez, entre otros, ya empezaban a cosechar éxitos, del jurado y de prensa en los mas importantes festivales de cine europeos como Cannes, Venecia, Berlín, Moscú, San Sebastián, etc. Todavía este cine no había penetrado el mercado y el público estadounidense, ni llamado la atención de la Academia de Hollywood como lo hicieron posteriormente películas como ByeBye Brasil, Doña Flor y sus Dos Maridos, Historia Oficial o Fresas y Chocolate, pero ya ocupaba espacios en los festivales más rigurosamente artísticos y en las páginas de las grandes revistas de debate fílmico como Cahiers du Cinema, Positiv, Film and Filming, entre otras, por no mencionar a la revista Cine Cubano que desde 1962 se había ganado el puesto de vocera del cine latinoamericano alternativo. Sin embargo, este nuevo cine no tenía un festival propio, un espacio de promoción y difusión anual de sus crecientes producciones muchas veces realizadas mediante subvenciones o con presupuestos de “cine pobre”; en fin, carecía de un punto de encuentro entre realizadores y artistas que transitaban un camino común en el rescate de la identidad continental y en situar al cine de esta parte del mundo en una posición de vanguardia en la cinematografía mundial -como estaba sucediendo en la novela con el boom- cuando las cinematografías norteamericana y europeas estaban dando signos de agotamiento artístico. Ese Festival, ese espacio propio, ese punto de encuentro singular fue y sigue siendo, desde nuestro punto de vista, el Festival de La Habana.

Por supuesto que no fue ni es un festival dogmático, cerrado a ciertos géneros y modos de hacer y entender la función del cine. Es un festival abierto donde el único requisito es el de presentar películas latinoamericanas o sobre Latinoamérica independientemente de su lugar geográfico de realización. Como todo festival de cine es también un poco espectáculo, atracción masiva, y eso está bien porque sirve de promoción a nuestro cine y -¿por qué no?- ya va siendo hora de tener nuestro propio Star System y nuestros mitos. Pero lo que predomina es lo artístico y cultural, la preocupación por la identidad, el sentido social de hacer cine, de hacer algo por algo que sea más que agotar taquillas y hacer pasar un rato agradable en un mundo estresado. Por cierto que el cine latinoamericano actual, al que no sé si podemos seguirlo llamando “nuevo”, pero que sí debe mucho al movimiento originado en los 60, ha sabido transitar con éxito desde un cine para “iniciados”, hacia un cine de amplia aceptación popular, como lo muestran las nuevas tendencias del cine mexicano, argentino, cubano, brasileño y, en menor medida, de otros países. Antes no se podía pensar en una película que fuera más allá de los límites del costumbrismo tuviera un éxito rotundo en su país de origen y mucho menos allende sus fronteras, como Fresa y Chocolate, La Estrategia del Caracol o Como Agua para Chocolate, para solo citar tres ejemplos recientes que me vienen a la mente. También era impensable hace unos años que una película local o de otro país de la región -incluso en países pequeños como Puerto Rico- tuviera éxito de taquilla cuando todos los grandes circuitos de distribución y exhibición cinematográficas que operan a lo interno están en manos de empresas transnacionales que solo brindan el patrón comercial consuetudinario “made in Hollywood”.

Yo lo siento optimista en relación con el futuro del cine latinoamericano en esta época de globalización. ¿En qué medida piensa Ud. Que el Festival de La Habana, u otros festivales de la región, pueden contribuir a un futuro promisorio para nuestro cine?

Yo creo que juegan un papel importante. Diría más: juegan un papel decisivo. No solamente por la divulgación y la propaganda, o la aceptación de la opinión pública de nuestras cinematografías nacionales, sino porque vienen desempeñando un rol importante en la organización de un mercado de cine latinoamericano como un circuito alternativo para promover y proteger nuevas películas en el ámbito latinoamericano. Las reuniones actuales de Ministros de Cultura de América Latina y

los organismos de integración cultural y económica globales tienen en su agenda la cuestión del cine y de su libre flujo, es decir de un tratamiento preferencial de las películas -y agregaría de otros bienes culturales-, y eso comenzó con el cine y es fruto de una conciencia que comenzó a gestarse en los festivales y en otros espacios de encuentro.

En el Festival de La Habana, por ejemplo, existe desde su fundación el MECLA, siglas que identifican al Mercado de Cine Latinoamericano, donde cada año concurren de modo creciente productores y distribuidores tanto de cine como de vídeo y televisoras, interesados en la comercialización de las producciones tanto en América Latina como en el resto del mundo. Es notable la cantidad de representantes y agentes de todos los continentes que asisten año tras año a La Habana. Yo diría que el MECLA es el evento paralelo al Festival más importante que involucra a prácticamente todos los representantes del negocio y de la industria nacional del cine y el vídeo en América Latina.

Don Roberto, una última pregunta, quizás dirigida al interés de aquellos que deseen estar representados este año en La Habana: ¿cómo está organizado el Festival?, ¿qué nos ofrece además de lo que Ud. ha remarcado?

El corazón del Festival es el concurso. Creo que todo cineasta latinoamericano que ha producido una obra valiosa o singular este año, piensa en concursar en el Festival y, de hecho, concursa. El Festival se convoca prácticamente en todos los géneros y en las dos modalidades: de cine y de vídeo, y en otras modalidades vinculadas con la producción cinematográfica que muchas veces quedan fuera de los festivales, como es el cartel o afiche cinematográfico. Se concursa en ficción (mejores largometrajes, mejor ópera prima, mejor cortometraje, mejor dibujo animado, además de dirección, guión, fotografía, actuación, dirección artística, música y edición), mejores documentales, mejor filme o vídeo sobre Latinoamérica de un realizador latinoamericano -por ejemplo, Oliver Stone ganó ese premio hace algunos años con un trabajo sobre El Salvador- mejor guión inédito -cuyo premio consiste también en proveer los medios para la realización del filme- y mejor cartel realizado sobre una película o vídeo.

Además, FIPRESCI, la prestigiosa Federación Internacional de Prensa Cinematográfica, entrega un importante premio en metálico, así como la Oficina Católica Internacional de Cine (OCIO), y el Comité de Cineastas de América Latina, que otorga el premio “Saúl Yelín". Otros eventos muy importantes son los talleres y seminarios que se organizan en torno al Festival, y en donde cada año se derimen temas vinculados con la historia, la sociología, la tecnología de los lenguajes visuales. A ellos concurren los más importantes especialistas en los llamados medios de comunicación colectiva, y también personas y estudiantes interesados en el tema. Claro, si Ud. no es un realizador, un artista del medio o un comunicador social, también puede asistir al Festival y acreditarse como turista o simple curioso, pues toda La Habana es en esa linda época del año una gran fiesta del cine y del intercambio latinoamericano, que convierte al Festival en el acontecimiento turístico más importante de la temporada. Hay agencias de viaje en Costa Rica que ofrecen paquetes muy atractivos para todos los presupuestos. Podría hablarle interminablemente sobre otros detalles del Festival, pero creo que ellos serían el objeto de un interés más específico. Tal vez lo mejor sería ir a La Habana ¿no le parece?

Nota: En Costa Rica, Roberto Román trabaja en el Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA) de la Universidad Nacional, y en la Unidad de Audiovisuales de la Universidad Estatal a Distancia, UNED. Ha impartido cursos para el Programa Cultura, Arte, Identidad (PROCAI) de la Universidad Nacional y en el Centro de Identidad Latinoamericana de la Universidad de Costa Rica. Representa al Festival de Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana y está organizando un grupo de costarricenses para asistir al mismo.